

*Alexandre de Freitas Barbosa & Ricardo L. C. Amorim**

Sobre el estancamiento en el dinamismo económico de Brasil: los dilemas de la inserción externa y la desigualdad social

SUMARIO: I. Introducción. II. ¿Existe una variedad “brasileña” de capitalismo? III. Estancamiento, reformas estructurales y poco crecimiento: Brasil a finales del siglo XX. IV. La década de los años 2000: en busca del dinamismo perdido. V. Enfrentando la crisis internacional del año 2008. VI. Consideraciones finales: los dilemas estructurales del capitalismo brasileño. VII. Bibliografía.

I. Introducción

El presente texto tiene como objetivo desarrollar los factores que dan cuenta del dinamismo económico de Brasil en la primera década del siglo XXI. A fin de abordar este tema, hemos optado por dividir el texto en cinco apartados. En primer lugar, describiremos el entorno histórico del alcance del capitalismo que tuvo lugar en Brasil durante su proceso de industrialización (1930 a 1980). Por lo tanto, se intenta enfatizar el papel del Estado, de la inserción externa y de las desigualdades sociales y regionales en la conformación de un modo de acumulación específico. En segundo lugar, se pretende demostrar la manera en que este modo de acumulación se adaptó a un escenario de estancamiento económico (década de los 80) y de apertura con reformas estructurales, lo que provocó niveles bajos e inestables de crecimiento económico (década de los 90).

* Alexandre de Freitas Barbosa es Profesor de Historia Económica del Instituto de Estudios Brasileños (IEB/USP) y Doctor en Economía Aplicada por la Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP). Ricardo Luiz Chagas Amorim es Profesor del Departamento de Economía de la Universidad Pontificia Católica (PUC-SP).

En la tercera parte del texto, se incluye una interpretación del cómo y el por qué la economía brasileña logró niveles de crecimiento más elevados en la primera década del 2000, además de cambios nada despreciables en los resultados de las cuentas externas y en términos del comportamiento del mercado laboral y de los indicadores sociales. A pesar de dichos cambios, las características históricas del capitalismo brasileño, basado en la desigualdad y sujeto a desequilibrios externos recurrentes, no parecen haberse transformado drásticamente. En la cuarta parte del texto, se presentan las principales políticas puestas en marcha por el gobierno durante la crisis internacional del año 2008 y cómo ellas, en determinada medida, explican la razón por la que Brasil fue el “último país en entrar en crisis y el primero en salir de la misma”, de acuerdo con la propaganda gubernamental. Según nuestro entender, la respuesta rápida y eficaz a la crisis confiere dinamismo al capitalismo brasileño, pero no soluciona sus principales problemas estructurales.

Por último, en el quinto tema se señalan algunos dilemas estructurales que Brasil deberá enfrentar en el período posterior a la crisis si desea experimentar cambios efectivos en su modelo capitalista e inaugurar un modelo nuevo de desarrollo. Por un lado, el patrón de inserción externa, caracterizado por la dependencia en los *commodities* y por la atracción de capitales a corto plazo, factores que ocasionan una excesiva valuación de la moneda, ponen en riesgo la diversificación de la estructura productiva. Por el otro, el mantenimiento de niveles elevados de desigualdad social, cuyo combate depende del mantenimiento del dinamismo económico, refuerza las políticas sociales y una mayor participación del capital laboral.

II. ¿Existe una variedad “brasileña” de capitalismo?

Desde las últimas décadas del siglo XX, la teoría económica ha experimentado un cambio radical. Boyer y Hollingsworth (1997), por ejemplo, señalan una interesante paradoja entre los rumbos de la política económica (impulsada por el progreso de las tesis neoliberales) y la aparición de nuevas formulaciones teóricas críticas a partir de la década de los 80.

En tanto la teoría económica convencional ensalzaba la eficiencia de los mercados, una vertiente cada más importante partía de la complejidad de los mercados realmente existentes. Así pues, empezó a resaltarse las conexiones establecidas entre los mercados y un gran número de instituciones que “develaron” la existencia de diversas modalidades de capitalismo. Como resultado, en lugar de hablar de una arquitectura institucional única, considerada la más eficiente, la teorización asumió la diversidad inherente a las sociedades capitalistas (Amable, 2005).

Es cierto que esta vertiente se encontraba muy lejos del indiscutido predominio alcanzado por el paradigma neoliberal. Mientras tanto, durante las crisis de la década de los noventas sufridas indirectamente por el capitalismo y la vivida en el año 2008, que golpeó de lleno su propio centro, aunadas al desarrollo de las llamadas economías emergentes, como los BRICS, gracias a mecanismos nada convencionales, dichas formulaciones críticas se transformaron en algo más que una mera propuesta de heterodoxos inconformes.

Según Gray (1998), la modernización económica experimentada por varios países del norte y del sur no responde al modelo norteamericano supuestamente regulado por un sistema de libre mercado. Por el contrario, el período posterior a la década de los 80 se caracteriza por el surgimiento de distintos tipos de capitalismo.

Por lo tanto, al contrario de la hipótesis que establece que el mercado mundial podría provocar una convergencia entre los modelos de capitalismo, tesis asumida por Gray, otros como Boyer y Hollingsworth (1997) prefieren apostar por una coexistencia mundial de diversos sistemas sociales de producción. Esto se debe a que no existe una globalización integral de los factores de producción que concurren perfectamente en los mercados de productos, aunados a la resistencia en la transferencia de las tecnologías modernas y al papel de la confrontación asumido recientemente por el Estado en la regulación económica.

De esta manera, cada economía nacional cuenta con una compleja organización que varía de acuerdo con la importancia que se le confiere a los sectores productivos, las características regionales, las diferencias de poder entre el capital y el trabajo, los mecanismos de organización del mercado y los patrones de inserción externa y de intervención estatal.

En este sentido, se han realizado varios estudios con el objetivo de evaluar las distintas variedades de capitalismo. No sólo se busca investigar el complejo de instituciones implicado, sino cómo éstas se complementan y se integran entre sí. Amable (2005), por ejemplo, elaboró un modelo para detectar cómo se relacionan los “cinco sectores institucionales” (conurrencia en el mercado de productos, relación salarial, intermediación financiera, protección social y educación) en 21 economías de países desarrollados.

No obstante, tales estudios se encuentran, en gran medida, limitados a países desarrollados. La exclusión de los países subdesarrollados¹ de estos análisis

¹ El concepto de subdesarrollo fue muy criticado al punto de ser devaluado académicamente, ya que se afirmaba que describía problemas de poca importancia, mucha flexibilidad e insuficiencia para señalar la cuestión de las clases sociales y la evolución histórica colonial (González, 1998). Sin embargo, insistiremos en que continúa apuntando a una realidad marcada por la heterogeneidad estructural, que se redefine internamente en la medida en que los países latinoamericanos se adaptan de manera subordinada a los nuevos patrones de división internacional del trabajo, de acuerdo con las propuestas cepalinas profundizadas en la obra teórica de Celso Furtado (2000).

puede deberse tanto a la falta de conocimiento de la realidad de los países ajenos al capitalismo como a una idea (equivocada, desde nuestro punto de vista) de que estos países no lograrán asimilar la dinámica del modelo capitalista. Este no parece ser el caso de las economías que conforman los BRICS.

Esta visión etnocéntrica pierde de vista la contribución de los pensadores provenientes de la periferia del capitalismo, especialmente de la CEPAL, cuyas ideas florecieron entre los años 50 y 70. A manera de ilustración, ya en los inicios de la década de los 60, Furtado (1965) apuntó que la Revolución Industrial había promovido una transformación cuantitativa del proceso de desarrollo.

En los países europeos, y más tarde en los Estados Unidos, el crecimiento económico apareció como un fenómeno casi espontáneo en la medida en que el progreso tecnológico se abrió paso en la creciente diversificación de la producción y la demanda. En cuanto a la división internacional del trabajo, especialmente en los países latinoamericanos, la penetración del capitalismo se logró parcialmente, ya que no logró fusionarse ni transformar de manera considerable las estructuras económicas y sociales, ni incorporar los nuevos patrones de consumo entre las élites siquiera.

Si en este texto pionero, el economista brasileño aún usaba términos como “estructuras híbridas” (que mal enmascaraban determinado dualismo), en los inicios de la década de los 80, Furtado ya menciona la necesidad de tener una visión sintética del proceso de desarrollo / subdesarrollo, redefinido a partir de las transformaciones del sistema económico mundial, como totalidad capitalista. Sólo así se podría rescatar la especificidad del subdesarrollo, para lo que se debería buscar “una aproximación entre la teoría de la acumulación, la teoría de la estratificación social y la teoría del poder” (Furtado, 2000).

En este sentido, estas economías tendían a incorporarse a la dinámica del sistema capitalista mundial, sin ser capaces de crear un sistema económico interno mínimamente integrado. Brasil se presentó como un caso paradigmático, ya que las relaciones de dependencia no impidieron que la economía se mostrase altamente dinámica (Cardoso y Falleto, 1978; Furtado, 1974). El resultado inevitable – dada la conformación de las relaciones sociales – fue el agravamiento de la concentración de la riqueza y del poder y el aumento de las desigualdades regionales internas. Esto no se debió a un Estado supuestamente debilitado ni a una burguesía nacional en decadencia. Por el contrario, el papel del Estado posibilitó el surgimiento de una economía semi-periférica dinámica, en la que inclusive una “burguesía nacional” poderosa logró separarse de aquellos segmentos incapaces de modificar el significado de la acumulación (Evans, 1979).

De acuerdo con Prebisch (1981, pp. 39-42), se trataba de una dinámica forzada, incluso en los momentos de rápida expansión industrial y de crecimiento vigoroso. Segmentos capitalistas convivieron con segmentos no capitalistas, dando lugar a un “estilo de desarrollo único”, distorsionado y heterogéneo.

Las transformaciones en la estructura técnica de la economía, impulsadas por la dinámica capitalista, dieron lugar a una transferencia parcial de la mano de obra de los sectores de subsistencia hacia los sectores modernos, impidiendo que los salarios se sumaran a las ganancias de la productividad. El excedente no complementó la acumulación de capital, por lo que se filtró al consumo evidente y a la aplicación no reproductiva y adoptó la forma de ganancias y beneficios para el extranjero.

En este sentido, Brasil es la excepción que confirma la regla latinoamericana. Entre 1930 y 1980, la economía brasileña se mostró como la más dinámica del mundo, con una tasa media de 6.0% al año. Durante este corto período, una vasta región agrícola dio lugar a la industria más diversificada del mundo en términos de desarrollo, lo que provocó que los niveles de urbanización se asemejaran a los confirmados en países desarrollados.

Los secretos del capitalismo brasileño pueden encontrarse en la actuación múltiple del Estado como empresario, financiador y agente regulador; lo que ha dado lugar a la expansión y el desarrollo del capital privado, algo que los economistas convencionales por ociosidad teórica o por negar las particularidades de las economías en cuestión apodaron “capitalismo de Estado”. No olvidemos señalar además algunos factores estructurales decisivos como la existencia de un excedente estructural de mano de obra, que permitió combinar el avance del capitalismo y el reciclaje de relaciones no capitalistas, multiplicando de esta forma los niveles de rentabilidad del capital (Oliveira, 2003).

Así, tuvo lugar, por medio de mecanismos e instituciones muy peculiares, una “mutación industrial” efectiva que consolidó una economía dinámica y mínimamente integrada en la industria, la agricultura y los servicios, que avanzó hacia los sectores intensivos en capital y tecnología (Castro y Pires de Souza, 2004).

A pesar de reproducir esencialmente un modelo original, la industria se mostró competitiva, al punto de inclusive poner en marcha el estándar de la Segunda Revolución Industrial. Es decir, el país había avanzado mucho a expensas de una industria de fachada, lo que convierte a la regresión industrial en un riesgo poco probable, especialmente si se compara con los países latinoamericanos de menor actividad, pese a que propicia fuentes genuinamente internas de crecimiento económico.

En síntesis, el capitalismo brasileño se estructuró a partir de la combinación entre la acción poderosa y selectiva del Estado; la atracción de empresas transnacionales hacia los sectores dinámicos; la existencia de un empresario nacional, que actuaba como monopolista en los sectores tradicionales o como subsidiario del capital externo en los demás; un amplio contingente de trabajadores pobres y sin derechos, recientemente urbanizados, que presionaban a la naciente clase laboral que se configuraba en terrenos nacionales; la

apertura de fronteras internas en territorio nacional para permitir el aumento de la rentabilidad del capital con subsidios públicos; la ausencia de reformas agrarias y urbanas en medio de la expansión explosiva de las metrópolis; la existencia de una clase media con altos niveles de riqueza y escolaridad; y la dependencia financiera y tecnológica de las economías de los países desarrollados, que afectó la transformación del capitalismo al conferir una autonomía mayor a los centros internos de decisión.

III. Estancamiento, reformas estructurales y poco crecimiento: Brasil a finales del siglo xx

A inicios de la década de los 80, la economía brasileña sufrió un duro golpe. La combinación de tasas de ingresos internacionales y de precios elevados del petróleo, caída de los precios de los demás *commodities* y recesión de los países desarrollados afectó fuertemente a Brasil. A diferencia de los países del sudeste asiático, el país quedó esclavizado a los préstamos a corto plazo proporcionados por los bancos privados internacionales.

El gobierno reaccionó ante los problemas devaluando la moneda brasileña y elevando las tasas de ingresos como una forma de contener los altos niveles inflacionarios. En el contexto de la crisis de la deuda externa y del casi colapso del Estado, estas medidas permitieron acelerar la inflación, que se convirtió en un agravante más de la situación económica y social del país.

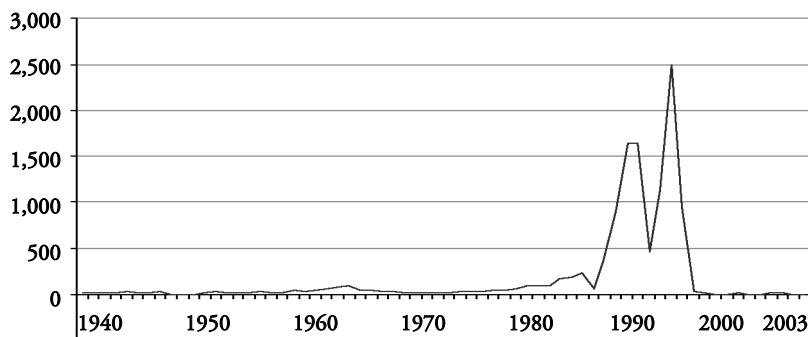
Los primeros años de la década fueron, de este modo, de crisis. Gran parte, intencional y causada por las medidas recesivas del gobierno federal. Se trató de una recesión estratégica para generar excedentes comerciales y cumplir con los compromisos externos. Paralelamente, el déficit público explotó, básicamente debido a la conversión de la deuda externa en deuda interna asumida por el Estado. Descontrol inflacionario y caída del PIB *per capita* fueron las marcas distintivas de la década de 1980 (Gráficas 1 y 2).

El dinámico capitalismo brasileño, entonces, se estancó y afectó el flujo de inversiones. Incluso en esas condiciones, los segmentos monopolizados de la industria lograron mantener sus tasas de ganancia. Las varias fracciones de capital, que se desarrollaron en el período anterior, se protegieron mediante la remuneración en el circuito financiero, comandado por un Estado en déficit, en el que una deuda pública elevada y altos intereses se sumaron a las ventajas fiscales concedidas por el poder público (Belluzo y Almeida, 2002).

Brasil, que había logrado concluir su infraestructura industrial a fines de la década de los años 70, se estancó durante esa década, momento en que los países desarrollados iniciaron una nueva revolución tecnológica. Marcaría el

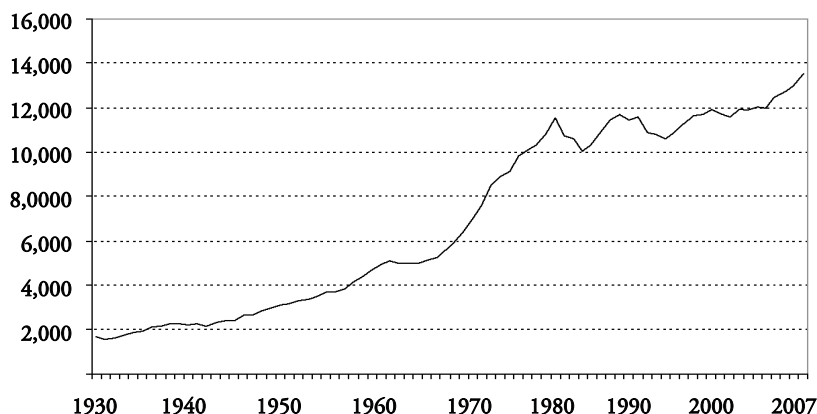
paso también de la relación con países sudasiáticos, para ser después superado por China en términos de dinamismo y complejidad del sector industrial.

Gráfica 1
Inflación brasileña medida por el IPC-Fipe, 1940-2005
(Variación anual en %)



Fuente: IPEADATA

Gráfica 2
PIB per capita brasileño, 1930-2007



Fuente: IPEADATA

La década de los años 80 entró en la historia económica de Brasil y el resto de los países de América Latina como la *década perdida*. Alta inflación, estancamiento de los niveles de inversión y retracción del mercado interno se combinaron en una amplia transferencia de capitales destinados a saldar la deuda externa.

Programas de estabilización económica se sucedieron unos a otros, pero ninguno consiguió controlar la espiral inflacionaria. Al mismo tiempo, el estancamiento tecnológico y el deterioro del Estado cobraron su factura en breve.

No fue sino hasta a partir de julio de 1994, con la adopción del Plan Real, que la economía brasileña consiguió reducir los niveles inflacionarios y estabilizarlos. En conjunto con el plan de estabilización, se introdujeron reformas estructurales en la economía brasileña. Los promotores del plan afirmaban estar inaugurando un modelo nuevo de crecimiento, basado en la obtención de ganancias de productividad por medio de privatizaciones, la apertura comercial y la atracción de inversiones externas (Franco, 1999).

El Plan Real tuvo como principal instrumento el tope cambiario – que estableció un margen de variación del real con respecto al dólar. El objetivo era, en una economía abierta, valorar el real y reducir así el costo de las importaciones, a fin de controlar la inflación y facilitar la modernización de la economía brasileña. Mientras tanto, debido a que las tarifas de las importaciones disminuyeron de forma drástica, los déficits comerciales y la cuenta corriente se dispararon, lo que provocó la elevación de los intereses internos como una manera de atraer capital privado extranjero.

Si en un primer momento la apertura financiera permitió que el país se aprovechara de la liquidez internacional, durante los períodos de incertidumbre en la economía internacional, – como en la crisis mexicana de 1994, asiática de 1997 y rusa de 1998 – esta opción cobró un precio muy alto, especialmente en relación con las cuentas públicas, que afectaron en gran medida al gobierno federal.

Por lo tanto, puede decirse que el período de 1994 a 1998 se caracterizó por una “ultra-apertura” que generó una descabellada presión competitiva sobre las empresas brasileñas. A pesar de todo, estas, en virtud del marco macroeconómico (intereses altos, cambio tasado, elevación de la carga tributaria y disminución de las tarifas de importación) no pudieron responder mediante la introducción de tecnologías nuevas. Por el contrario, prefirieron reducir sus líneas de productos, importar bienes de capital y realizar ajustes defensivos por medio de procesos de *outsourcing* (Kupfer, 2005).

Como resultado, los niveles de informalidad y desempleo se dispararon en la década de los noventa en Brasil, especialmente a partir de 1995, llegando a su punto más alto en 1999; año en el que el país sufrió un ataque especulativo y fue empujado a devaluar el real. El desempleo abierto alcanzó casi el 10% de la tasa oficial nacional y el empleo informal superó casi el 50% del total de los empleados. Algunos estudios apuntan que, al final del período de bajo crecimiento, una cifra cercana al 23% de la PEA nacional podría relacionarse con una situación de excedente estructural de la fuerza de trabajo (Jakobsen y Barbosa, 2002).

Poco después de la devaluación del cambio de 1999, la política económica brasileña sufrió una modificación y comenzó a girar en torno de un nuevo trío: tipo de cambio fluctuante, superávits primarios y metas de inflación. Esto signi-

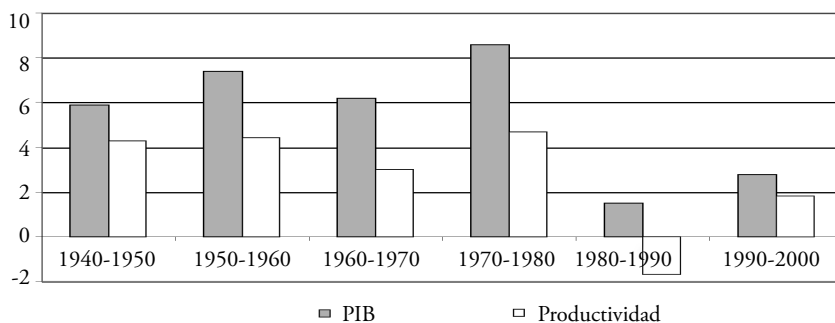
fica que cada vez que el tipo de cambio se devaluaba, los intereses subían para contener la inflación y deberían acompañarse de una elevación de los superávits primarios. Por el contrario, una valoración cambiaria permitiría una caída de los intereses y, por tanto, una mayor relajación de la política fiscal.

A lo largo del período de 1994 a 2002, Brasil mostró tasas inferiores al 3% de una forma bastante inestable, lo que consolidó la trayectoria del estilo *stop and go*, ya descrita en la década de los años 80. Cada mini-ciclo de crecimiento era anulado por los déficits externos, que exigían intereses altos para su financiamiento, generalmente, a base de capitales de corto plazo, debido a que el monto de las inversiones externas directas (IED) no se consideraba suficiente. Cabe recordar incluso que el cuantioso ingreso de las IED en este período no provocó el aumento de las tasas mundiales de inversión, ya que estas se emplearon principalmente para comprar activos de empresas nacionales, estatales o privadas.

Además del deterioro del Estado, la incapacidad económica para crecer, las altas tasas de desempleo e informalidad y la explosión de la deuda pública como consecuencia de los altos intereses, Brasil se caracterizó por una modernización selectiva y carente de innovaciones tecnológicas internas, ya que el mercado nacional se mostraba errático y, en el externo, las empresas brasileñas, a excepción de algunos casos de excelencia, se mostraron poco competitivas en virtud del régimen macroeconómico.

Es decir, junto con una disminución en el crecimiento del PIB, el aumento de la productividad de la economía brasileña también logró expandirse más lentamente (Gráfica 3), en comparación con los períodos de mayor dinamismo de los años 1950 y 1970, cuando se percibió una fuerte expansión de la demanda interna impulsada por la diversificación industrial.

Gráfica 3
PIB y productividad en Brasil (media anual - en %)



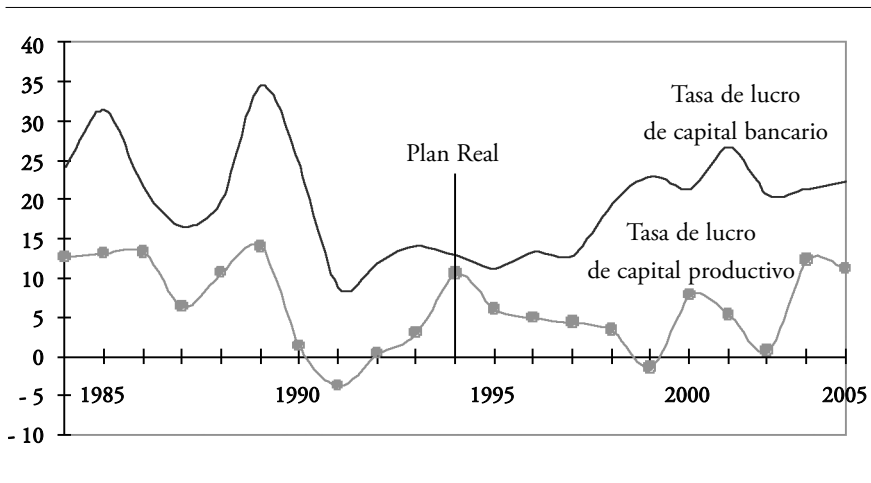
Fuente: IBGE e IPEA.

El capitalismo brasileño paso entonces por un proceso de regresión, como si fuera posible hacer caso omiso de la necesidad de acumular capital. Se atrajo capital externo, se logró la aplicación de títulos otorgados por el gobierno y se importaron modelos de consumo y tecnológicos, aunque estos se limitaron a una diminuta élite.

En la práctica, se instauró un régimen macroeconómico que estimulaba la desnacionalización del parque productivo y la valuación del capital en la órbita financiera, lo que fomentó un ambiente bastante vulnerable a crisis externas, que se percibían especialmente en las variables del mercado laboral. Así pues, la valuación del capital, marcadamente nacional y más en específico, de artículos industriales, tuvo lugar en la esfera financiera, por medio de los elevados rendimientos de los títulos de la enorme deuda pública del gobierno brasileño.

Paralelamente, en virtud del alto margen cobrado por los bancos sobre los préstamos otorgados a empresas y familias, se provocó una fuga de ganancias del sector productivo para el limitado - pero poderoso - circuito financiero comandado por el gobierno federal y los grandes bancos.

Gráfica 4
Tasas de ganancias de algunos sectores, 1984-2004



Fuente: Gonçalves (2006: 41).

La Gráfica 4 presenta una buena ilustración de la fuga de capital financiero y capital productivo. En otras palabras, se llegó al punto de pretensión prekeynesiana de fundar una economía capitalista moderna sin créditos y sin inversiones en capital fijo.

IV. La década de los años 2000: en busca del dinamismo perdido

¿Cómo explicar el radical cambio entre el escenario descrito arriba y los relatos gubernamentales de fines de la primera década del siglo XXI, en la antesala de la elección de la sucesora de Lula, Dilma Roussef, que pronosticaban con todas las pompas de la retórica nacionalista la conformación de un “modelo social desarrollista” en Brasil?

Excepto por la verborrea de los intelectuales portavoces de la versión oficial, muchas veces respaldada por una cobertura poco juiciosa de los medios de comunicación internacionales, y sin caer en el disparate de la oposición de que todo se debe al escenario favorable de la economía mundial - lo que suena, al menos, ridículo tras la aún reciente crisis de 2008 -, una combinación compleja de elementos internos y externos ayuda a explicar el desempeño favorable de la economía brasileña después del año 2004.

Entre ellos, está claro, se incluye la elevación del precio de los *commodities*, que contribuyó en gran medida a la mejora de las cuentas externas; pero también la elevación del crédito, en un escenario de intereses menores y de un mercado laboral dinámico, que junto con la intensa participación del Estado tanto en las inversiones públicas como en las transferencias sociales, permitieron ampliar no sólo los niveles de crecimiento económico, sino también dimensionar y planear la superación de los principales obstáculos del desarrollo en términos sociales y de infraestructura. Intentemos describir esta nueva dinámica económica a continuación.

Los vientos del cambio más importante en la conducción de la economía brasileña demoraron un poco en surgir. Tras casi un cuarto de siglo conviviendo con un cuadro de estancamiento económico, la economía brasileña volvió a crecer de 2004 a 2008. En este período, el PIB se expandió a una media de 4.5% al año.

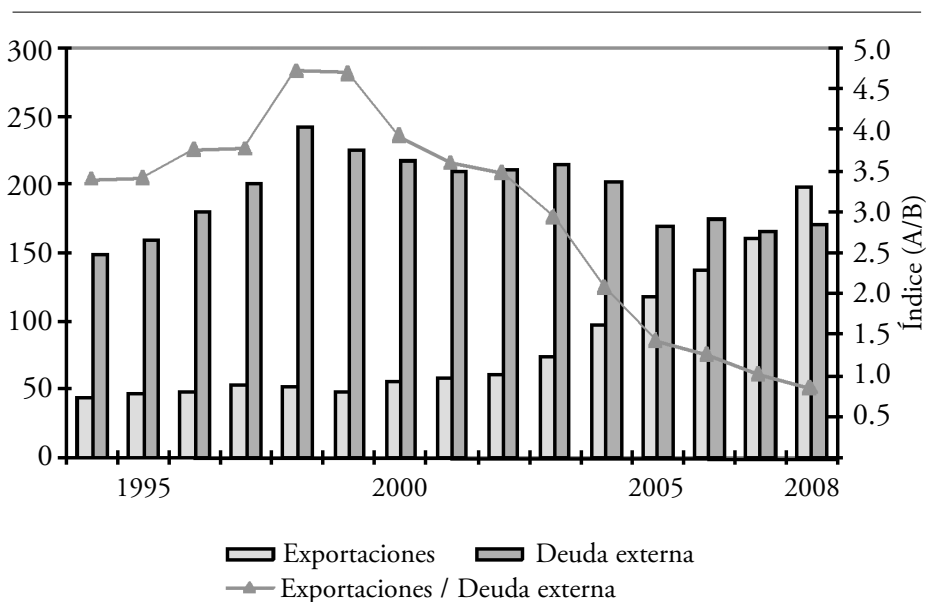
Cabe recordar que durante el primer año del gobierno de Lula, en el 2003, la economía permaneció estancada en virtud de la fuerte alza de intereses, impulsada por la devaluación de la moneda ocurrida durante el año 2002 y por la necesidad de obtener credibilidad internacional. De hecho, en aquel año, el desempleo rompió todos los récords, pese a haberse verificado una fuerte caída de la riqueza media real.

A pesar de este escenario, y de manera algo sorprendente, el capitalismo brasileño se mostró nuevamente dinámico de ahí en adelante. Una fuerte expansión de las ventas externas – impulsada por los *commodities*, entre otros elementos – seguida por la activación de la demanda interna.

Por lo tanto, dos factores interconectados explican el retorno del crecimiento del país. En primer lugar, el *boom* internacional permitió una mejora

considerable de las cuentas externas después del 2002. La deuda externa se redujo, las exportaciones se triplicaron entre 2003 y 2008, según se muestra en la Gráfica 5, y el capital internacional, sobre todas las formas, se volvió más barato y accesible. Las inversiones externas directas regresaron al país, ahora en forma de *greenfield investments*, y en la mayoría de los casos, acarrearón la ampliación de la capacidad productiva. A manera de ilustración, Brasil recibió inversiones directas externas por 45 mil millones de dólares estadounidenses en el año 2008, tres veces el monto indicado en el año 2003.

Gráfica 5
Exportaciones vs. deuda externa total
(en miles de millones de US\$ e índice A/B)



Fuente: Banco Central de Brasil.

En segundo lugar, la reducción de los intereses internos, junto con la expansión del crédito y del gasto público – en infraestructura y programas sociales, incluida la beneficencia social aunada a un salario mínimo en crecimiento – dieron lugar a la expansión del mercado interno, que trajo consigo nuevas expectativas para los inversionistas privados.

Paralelamente, las empresas comenzaron a sufrir una presión competitiva menor, lo que posibilitó la sustitución de determinados productos de importación, pese a que la tasa de cambio había recuperado su valor de forma acelerada de 2006 en adelante.

Es decir, la mejora de las cuentas externas actuó como factor exógeno positivo, al permitir la adopción de estímulos internos nuevos. La interacción entre estas dos fuerzas reforzó la acumulación de capital, lo cual repercutió en los niveles de empleo y en la masa salarial.

Las cuentas estatales también se vieron favorecidas gracias a la disminución de los intereses y el aumento de los aranceles. El equilibrio fiscal se logró sin la necesidad de realizar recortes en los gastos esenciales y el mantenimiento del superávit primario impidió que los déficits nominales se elevaran. Como consecuencia, durante el ciclo reciente de crecimiento, se verificó la caída casi continua de la relación deuda pública/PIB.

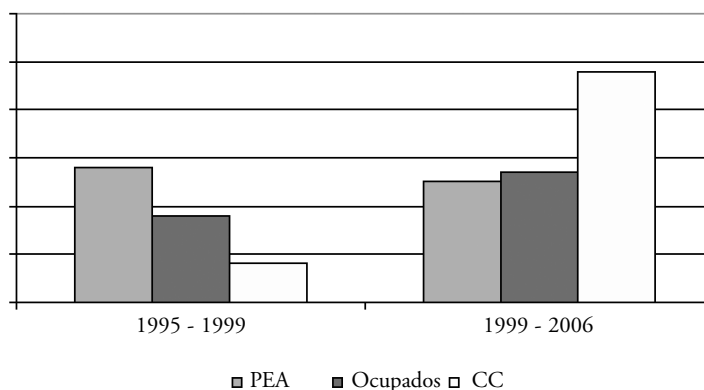
Por otro lado, la falta de inversiones, la fragilidad de la infraestructura y la necesidad de fomentar condiciones que aseguraran la continuidad de la expansión económica empujaron al gobierno federal a retomar y planear los gastos en obras grandes y también a estimular las inversiones privadas, principalmente, mediante un banco de fomento, el BNDES, que hoy en día posee una cartera de inversiones superior a la del BID y del Banco Mundial juntos.

Otra medida que trajo resultados a plazo más largo fue la orden judicial por la que se le exigió al gobierno federal reducir las precariedades en la contratación de sus trabajadores. Gracias a dicha orden judicial, el gobierno pudo disminuir la subcontratación de la mano de obra y contrató servidores públicos con pleno gozo de sus derechos, lo que permitió a la Unión volver a equiparse y hacerse de los recursos humanos fundamentales que dieran al poder ejecutivo las condiciones para retomar su papel crucial en el crecimiento y desarrollo económico del país.

La combinación entre la expansión de las exportaciones y del mercado interno, acompañada por el aumento de las inversiones públicas y privadas, trajo consigo la recuperación de la capacidad de generación de empleos. En el período 1999-2006, el nivel de crecimiento del empleo (2.7% anual) superó el ritmo de crecimiento de la PEA. Vale la pena recordar que el empleo formal creció de manera aún más dinámica, apuntando a la reorganización del mercado laboral brasileño en el sentido de una mayor formalización de la mano de obra. Es decir, hablamos de una tendencia exactamente opuesta a la verificada durante el período 1995-1999 de bajo crecimiento y fuertes presiones competitivas (Gráfica 6).

Mientras tanto, la franca mayoría de los empleos formales generados en el país durante el período de fuerte crecimiento económico tuvo una característica en común: la baja remuneración en términos relativos (Tabla 1). Se mantuvo el escenario brasileño de alta concentración de las ocupaciones mal pagadas. Además, al igual que con el retorno de los empleos informales, dicha concentración se mostró incluso superior a los parámetros señalados a finales del período de industrialización (1930 a 1980).

Gráfica 6
**Tasa de crecimiento anual del empleo total,
 formal y de la fuerza de trabajo en Brasil**



* CC indica los trabajadores en la cartera asignada (formales).

Fuente: Pnad/IBGE e IPEA.

Tabla 1
Creación de empleos por rango salarial, 2004-2008
 (% de empleos totales generados)

| | Salarios Mínimos | | | | Total |
|-------|------------------|---------|----------|--------|------------|
| | 0 a 3 | 3.1 a 5 | 5.1 a 10 | + 10.1 | |
| 2004 | 88,52% | 7,08% | 3,13% | 1,27% | 20.945.705 |
| 2005 | 89,41% | 6,53% | 2,90% | 1,16% | 22.968.686 |
| 2006 | 91,23% | 5,32% | 2,48% | 0,96% | 24.278.593 |
| 2007 | 91,97% | 4,88% | 2,26% | 0,89% | 26.900.025 |
| 2008 | 92,11% | 4,83% | 2,19% | 0,87% | 31.662.595 |
| 2009 | 92,71% | 4,51% | 2,01% | 0,77% | 31.182.214 |
| 2010* | 93,57% | 3,96% | 1,80% | 0,66% | 24.080.425 |

*Período de enero a julio.

Fuente: MTE. CAGED, varios años.

El escenario no invalida de modo alguno los ingresos de la población de menor riqueza. Por el contrario, se trató de un período de importante movilidad social

ascendente para la base de la pirámide social en términos de riqueza. Se presentaron oportunidades laborales nuevas, garantía de riqueza, con programas de transferencia de la riqueza, ingresos salariales y aumento de los créditos.

Más hechos acontecieron. Todo eso sucedió en tiempos de democracia, de manera apenas formalizada. Es decir, éste fue el único período de la historia del país en el que Brasil creció, la riqueza se distribuyó y las votaciones fueron libres.

En ese sentido, llama la atención la investigación publicada por el IPEA (Pochmann y Amorim, 2009), en la que se percibe un importante movimiento ascendente de las familias brasileñas en el año de 2007, en comparación con el 2001. En dicha investigación, que dividió la población en tercios de riqueza y corrigió los límites de los rangos encontrados por la inflación y le sumó la variación positiva de la riqueza *per capita*, obsérvese que, finalmente, 10 millones de personas pasaron del estrato de menor riqueza al intermedio. De manera adicional, otros 3.8 millones pasaron del grupo de riqueza intermedia al más alto. En otras palabras, alrededor de 14 millones de personas ascendieron socialmente en Brasil, en términos del rango de riqueza, exactamente en el período en el que la participación más intensa del Estado se concentró y convergió en el crecimiento económico y el combate a la pobreza.

De forma bastante sintética, se puede concluir que en Brasil, antes de la crisis mundial del año 2008, se consolidó un modelo de crecimiento razonablemente dinámico, menos vulnerable en términos externos que en la década de los años 90 y con mayor capacidad de generación de empleos, lo que pudo atenuar en cierta medida los niveles extremos de desigualdad social.

Al mismo tiempo, este modelo no parece alejarse, en lo esencial, de los rasgos que componen la variante brasileña del capitalismo; es decir, todavía es dependiente y profundamente desigual. Si Brasil parece diferenciarse de la mayoría de los demás países latinoamericanos – que sufrieron un proceso de desindustrialización² en la década de los 90, con excepción de México – nos parece exagerado confundir el dinamismo de su mercado interno con la transformación en una economía desarrollada, lo que supone niveles de sofisticación tecnológica mayores y menores disparidades sociales.

² La publicación de la UNCTAD (2003) diferencia entre cuatro tipos de naciones del mundo en el desarrollo en términos de la estructura industrial: países con industria madura (Corea del Sur), de industrialización rápida (China y quizás India), con industria de enclave (países exportadores de *commodities*) y países en vías de desindustrialización (que incluye a la mayoría de los países latinoamericanos). A pesar del reciente debate en los medios de comunicación brasileños, elegir el riesgo de la desindustrialización como el centro del asunto del desarrollo, algunos estudios han demostrado un fuerte dinamismo de la industria en términos de productos, inversiones y generación de empleos (ver Bonelli y Pessoa, 2010).

Por otra parte, el propio dinamismo del mercado interno no significa la inexistencia o el fin de los desequilibrios externo y mucho menos la resolución de las desigualdades sociales ancestrales. Tal como ya lo señalaba Maria da Conceição Tavares en la década de los 60, el proceso de sustitución de importaciones lejos de solucionar el problema externo alteró su forma de manifestarse, debido a que la presión sobre la balanza de pagos se dejó sentir durante la industrialización por medio de la demanda derivada de las importaciones, las remesas de ganancias de las empresas multinacionales y el pago de intereses sobre los préstamos obtenidos (Tavares, 1973).

En una entrevista reciente (Tavares, 2010), la economista intenta reubicar el tema de la inserción externa frente a la nueva dinámica de la economía brasileña. En su entender, Brasil dejó de vivir el clásico problema de la balanza de pagos, en virtud de la expansión de los *commodities* y la reducción de la deuda externa. A su vez, no se trata más que de industrializar, ya que tenemos una “industria frenada”. El problema reside en una política de cambios y en la capacidad de estructurar políticas industriales y tecnológicas a largo plazo.

V. Enfrentando la crisis internacional del año 2008

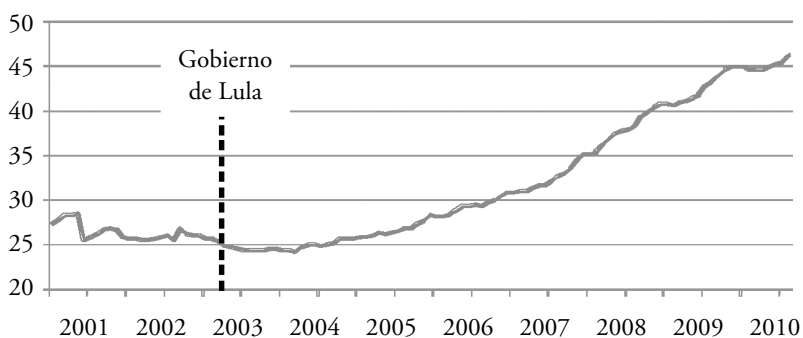
Fue en ese momento de optimismo, que la crisis de origen financiero / especulativo se encontró con Brasil. Hasta agosto de 2008, algunos economistas, empresarios y el gobierno se mostraron más preocupados por el escenario externo. La mayoría de la población y de los medios de comunicación no prestaban atención a los problemas externos. La tasa de crecimiento económico esperado para el país en ese año superó el 6%. Una grande y favorable novedad después de décadas.

A pesar de todo, debido a que la economía brasileña era periférica y dependiente, resultaba claro que el país resentiría la crisis internacional. No obstante, los canales de transmisión no serían los mismos que los de Europa. El problema afectaría al país a través de variables macroeconómicas tradicionales como la caída de las exportaciones, la entrada de inversiones directas extranjeras, el aumento de la riqueza líquida enviada al exterior, la apertura de líneas de crédito internacionales y, por supuesto, el deterioro de las expectativas del sector productivo privado.

Por lo tanto, resulta evidente que tal financiamiento tenía una naturaleza visceral en el capitalismo de los países desarrollados, por lo que corroía al sistema en su totalidad, mientras que en Brasil, el financiamiento que se había anidado en la rotación de la deuda pública – y desarrollado en los años 1980 y 1990 – cedió espacio al desarrollo del sector productivo y a la generación de empleos, aunque mantuvo una posición de contraste.

Esto se explica por el hecho de que el mercado de consumo estaba demasiado saturado, como lo demuestra la inclusión de amplios sectores sociales - por medio de la riqueza o del crédito en la base de la escala social - y de que existía la necesidad de inversiones públicas y privadas en varios sectores de la infraestructura. En otras palabras, el sector financiero de Brasil todavía podía emplear los canales tradicionales de expansión antes que otros mecanismos como los préstamos *sub-prime*. Tan es así que en un escenario donde los intereses seguían muy elevados - justamente lo contrario que sucedía en Europa y los EUA de la crisis financiera, acosados por intereses bajísimos - Brasil logró aumentar la participación del crédito en el PIB en 20 puntos porcentuales (Gráfica 7).

Gráfica 7
Evolución de la relación del crédito total sobre el PIB en Brasil, 2001-2010



Enero / julio

Fuente: Banco Central de Brasil.

Si el mercado hubiera absorbido los impactos de la crisis financiera internacional, sin la interferencia del Estado, el PIB brasileño ciertamente hubiera sufrido una fuerte caída, así como la fiscalización del gobierno. En otras palabras, se hubiera roto el círculo virtuoso vivido por la economía brasileña desde el año 2004.

Además, había cierta seguridad con relación al sistema financiero nacional. La actuación más rigurosa del Banco Central de Brasil tras los problemas de la década de los años 90, el rigor de la legislación bancaria y el relativo desinterés de los bancos nacionales por el mercado de derivados sofisticados

BRICS

impidieron que las instituciones permanecieran expuestas a los riesgos de activos mal cotizados.

Asimismo, el gobierno federal tuvo que adoptar determinadas medidas para impedir que el corte del crédito internacional afectara la liquidez interna de la economía. En ese sentido, en los primeros momentos, cuando la crisis claramente llegó a Brasil, el Banco Central puso en marcha mecanismos para aumentar la liquidez en circulación. Un ejemplo fue la reducción de la obligatoriedad de las captaciones de los bancos, lo que inyectó 100 billones de reales a la economía. También, la autoridad monetaria decidió adoptar medidas para facilitar el otorgamiento de créditos y la disminución de los costos financieros a través de la reducción de impuestos.

Mientras tanto, como ya lo señalaba Keynes, en momentos de crisis, la preferencia por la liquidez y los bancos hicieron que los recursos inyectados se acumularan. La salida encontrada por el gobierno fue utilizar los bancos públicos para garantizar que el flujo de monedas no disminuyera. Para ello, se permitió que los bancos estatales compraran acciones y carteras de instituciones con problemas, junto con la Caja Económica Federal se crearon líneas especiales de crédito para la construcción civil por 3 billones de reales, al tiempo que el BNDES puso a disposición 10 billones de reales de capital de giro para las exportaciones previas al embarque. Además, el Banco de Brasil creó una línea de crédito dirigida al sector automovilístico de 4 billones de dólares y anticipó el desembolso para la agricultura de un monto aproximado de 5 billones de reales (IPEA, 2009).

El Banco Central también actuó en el sentido de evitar la presión sobre el mercado de divisas inyectando dólares por medio de subastas frecuentes. Además de eso, los programas de incentivos a las exportaciones recibieron otros 2 billones de reales (IPEA, 2009).

En el campo fiscal / tributario, el gobierno federal también se mostró activo. A inicios del año 2009, anunció la reducción del superávit primario, para ese mismo año, de 4.3% a 3.8% del PIB. Asimismo, creó una serie de incentivos fiscales a fin de reducir los costos de las empresas y estimular los gastos. Por ejemplo, se pospuso el pago del IPI por diez días, del PIS/CO-FINS por cinco días y del Impuesto sobre la Renta por diez días; se redujo el IPI para los vehículos fabricados en el país y productos de línea blanca; y se aceleró la devolución de impuestos (IPEA, 2009).

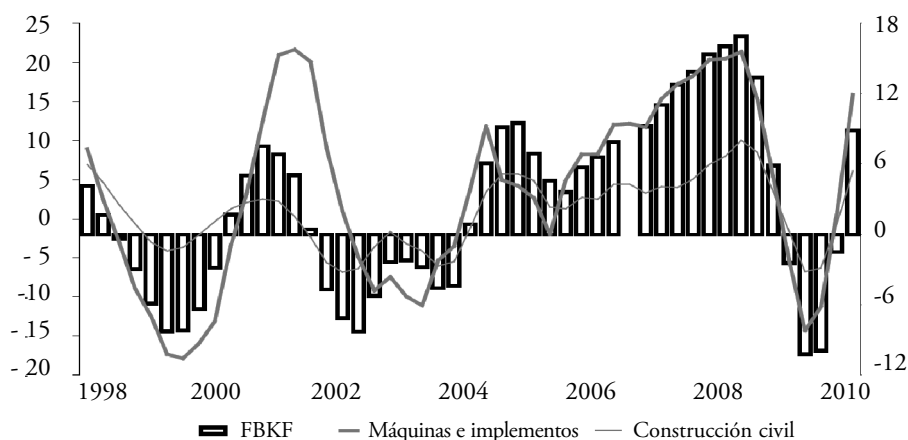
La política fiscal anticíclica también mantuvo los gastos previstos con inversiones en el Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC) y la exploración de la capa pre-salina de petróleo en la cuenca de Santos. Los importantes programas sociales tampoco sufrieron recortes, lo que garantizó la demanda de la industria de bienes de consumo no duraderos.

Los resultados fueron los esperados. La economía brasileña no sufrió tan severamente los problemas venidos de fuera. A pesar de todo, su crecimiento

esperado para el año 2009 se desaceleró intensamente. Si antes de la crisis se pronosticaba una variación positiva del PIB por encima del 5%, hoy queda claro que el crecimiento no superó el 1%,³

Asimismo, transcurridos los primeros meses del año, todos los indicadores de expectativa empresarial mostraron un optimismo creciente para el año 2010. Las inversiones comenzaron a repuntar, por lo que retomaron la trayectoria vivida hasta finales del año 2008 (Gráfica 8).

Gráfica 8
Formación bruta de capital fijo (FBKF) y componentes
(Tasa de crecimiento real acumulada en 4 trimestres, %)



Junio / diciembre

Fuente: IPEA. Carta de Conjuntura, n° 11. Página 10.

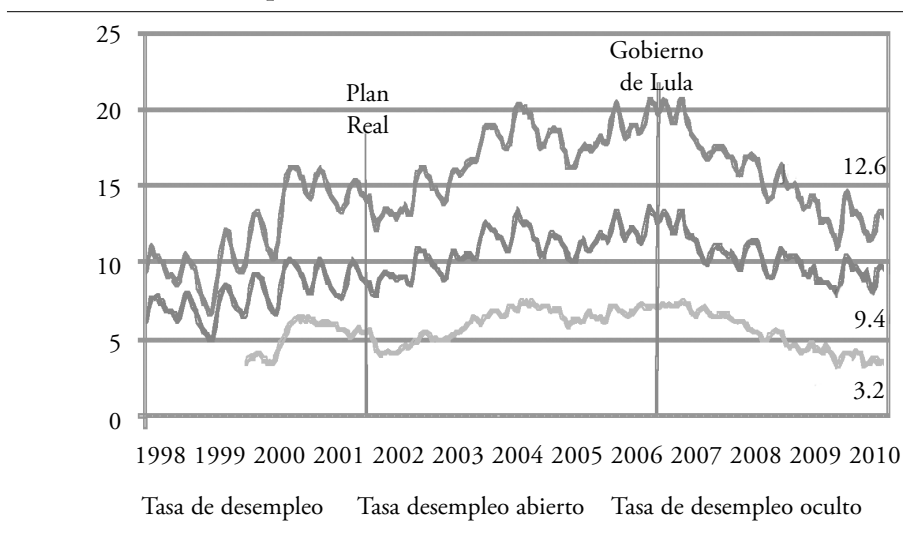
Al mismo tiempo, las contrataciones regresaron, inclusive en el sector más afectado por la crisis: la industria (IPEA, 2010). Era la reacción del mercado de trabajo ante la mejora de la producción y las expectativas en torno a la economía brasileña. La cantidad de empleos formales generados en el último trimestre del año 2009 fue semejante a la del período previo a la crisis, lo que indica una excelente recuperación en el segundo semestre.

De este modo, la tasa de desempleo, para finales del año 2009, retomó los mismos modelos del período anterior a la crisis (Gráfica 9). Por su lado, la masa salarial acompañó la mejora de las expectativas económicas y una

³ Por su parte, la cantidad de reacciones iniciales frente a la caída del PIB difiere mucho de lo señalado.

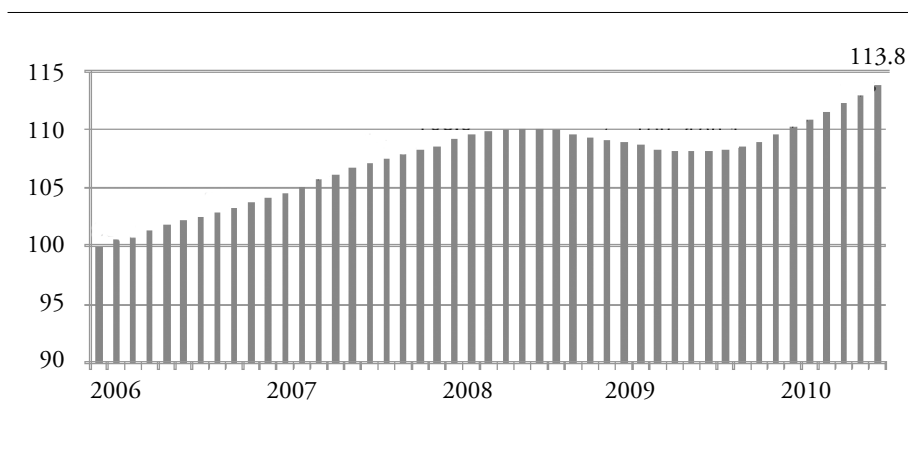
mayor demanda de trabajadores, una vez que tuvo lugar el momento más delicado de la economía brasileña (Gráfica 10).

Gráfica 9
Tasa de desempleo en la región metropolitana de São Paulo, 1988-2010 (%)



Fuente: Fuente: IpeaData, a partir de los datos del DIEESE/Seade.

Gráfica 10
Evolución neta de la masa salarial real en la industria, 2006 a 2010 (Media en el 2006 = 100)



Fuente: Ipeadata.

Mientras tanto, la recuperación de la economía posterior a la crisis no significa que el país estaba apenas retomando el modelo de mayor dinamismo presentado en el período 2004-2008. Los déficits externos crecieron de manera estructural, lo que amplió la vulnerabilidad de la economía, al tiempo que las mejoras más evidentes en el modelo de distribución de la riqueza exigían acciones más uniformes que las adoptadas durante el gobierno de Lula.

VI. Consideraciones finales: los dilemas estructurales del capitalismo brasileño

La economía brasileña, en vistas a ingresar en la segunda década del siglo XXI, se enfrentó inesperadamente con perspectivas bien distintas de las enfrentadas durante la crisis de la deuda externa de inicios de los años 80 y de los ataques especulativos sufridos a finales de la década de los 90.

La inflación fue controlada, así como las cuentas públicas, pese a un contexto de políticas fiscales activas para derrotar la crisis mundial del año 2008. Paralelamente, el nivel de empleo se expandió, junto con los niveles de inversión. Como si no fuera suficiente, la situación externa siguió viéndose favorecida por las exportaciones de *commodities*.

Se trataba de un cuadro bastante favorable en el corto plazo. El riesgo residió en que, azotado por la euforia, el país postergó más de una vez el enfrentamiento con los desafíos estructurales – condición previa para que se inaugurara una nueva variante de capitalismo y un modelo de desarrollo diverso, que abrió espacio a una estructura social efectivamente menos desigual. Se trataba de una tarea que debía ser realizada colectivamente en las próximas décadas.

El regreso del crecimiento de la economía brasileña en el año 2010, cuyas estimaciones apuntan a casi 7%, recupera el terreno perdido un año antes y señala nuevos desafíos, los cuales pueden volver a transformarse en grandes problemas en el futuro cercano.

Aun cuando no se trata de un caso de estancamiento similar al de la década de los años 90, enfrentar estos retos resulta fundamental para que el crecimiento económico mantenga tasas elevadas, pero también para que se inaugure un modelo de desarrollo más inclusivo y socialmente justo en el país. Describamos brevemente el entorno de dichos desafíos.

Debido a que se trata de una economía de tipo dependiente (en términos comerciales, productivos, financieros y tecnológicos), si la economía brasileña deseara crecer sin oscilaciones cambiarias demasiado notables y sin verse demasiado afectada por las tormentas internacionales, debe ser capaz de engendrar grupos empresariales nacionales capaces de fortalecer el mercado

interno y externo en algunos nichos de alto valor agregado y de alta participación tecnológica. A fin de modificar paulatinamente el todavía precario modelo de inserción externa de Brasil, se requiere una audaz política industrial y de financiamiento a largo plazo.

En este sentido, la elevación del déficit en cuenta corriente se muestra preocupante. Ya que ha sido impulsado por la valuación del tipo de cambio, que se origina de todos lados, en términos comerciales y de las inversiones productivas, pero especialmente de las aplicaciones a corto plazo. A pesar de que los indicadores de la industria son altamente positivos, Brasil se ha convertido en un importador final de bienes tecnológicos, lo que disminuye su potencial de desarrollo y de ampliación del mercado interno, pero también de las exportaciones.

De manera simultánea, si la transferencia de la riqueza lograra reducir la pobreza absoluta y dinamizar el mercado de bienes de consumo desde la base de la estructura social, la caída de la desigualdad sería bastante menor. Cabe resaltar que la mejora en la distribución de la riqueza se manifestó apenas en el plano familiar, ya que la distribución entre capital y trabajo de los frutos del incremento de los productos se ha mantenido prácticamente igual.

En este aspecto, también se requiere que el Estado actúe de una manera más integral, con base en su política de gastos sociales, en el sentido de asegurar un mayor acceso a las políticas de educación, salud y vivienda, además de ampliar el monto de financiamiento otorgado a los pequeños productores rurales y promover un nuevo ambiente para las negociaciones entre capital y trabajo.

Este doble papel del Estado – destinado a internalizar la acumulación del capital en algunos nichos de los sectores más dinámicos del actual modelo tecnológico, así como a impulsar la mejora de los niveles de riqueza y aumentar las oportunidades sociales y económicas de los segmentos de la base social – debe tomar en consideración que el mercado interno y las exportaciones pueden progresar conjuntamente.

Paralelamente, cualquier proyecto nacional enmarcado en el actual escenario de mundialización exige la puesta en marcha de una estrategia audaz de relaciones internacionales. En el caso brasileño, algunas iniciativas merecen prioridad: el escrutinio de la integración regional en el ámbito de América del Sur; la ampliación de las relaciones económicas con el continente africano; la cooperación en el plano tecnológico y geopolítico con otros países del Sur; y la creciente búsqueda por ganar los mercados de los países del Norte, a fin de que la reducción de sus barreras comerciales, a partir de negociaciones con la OMC, se vuelva imprescindible.

Muchos de estos elementos arriba mencionados ya forman parte de la agenda gubernamental, pero no de forma consciente ni coordinada. La falta de adhesión significa que en Brasil, el gobierno y la sociedad, prefieren el clima de euforia que hoy se mantiene en el país.

El riesgo sería promover un dinamismo económico que se enfrentara con crisis externas episódicas; o que el país se mostrara incapaz de aprovechar todo el potencial de su mercado interno, a manera de incorporar los segmentos más notables de trabajadores pobres e informales y la inmensa población a una situación de pobreza cuyo nivel de consumo se activara, a expensas de elevados niveles de endeudamiento.

En este sentido, puede decirse que Brasil configura una especie particular de BRICS, casi como si se tratase de un país miembro de este nuevo club. Combina el avance en las importaciones y el dinamismo del mercado interno con sus “colegas”, pero goza de una inserción externa dependiente como la de Rusia. Además, no muestra los enormes índices de pobreza de India y China, pero se afirma como el campeón de la desigualdad. Posee un sistema productivo más diversificado e integrado que el de India y Rusia (pese a no mostrar dinamismo en los sectores de la frontera tecnológica como el gigante del sur de Asia), pero difiere por mucho de China en este aspecto.

Por último, todo indica que la combinación de dinamismo económico y reducción de la desigualdad – nada sencillo, dicho sea de paso – permitiría al país solucionar la brecha entre el desarrollo y el subdesarrollo de una manera más rápida y sustentable, en comparación con el resto de los países que conforman el grupo BRICS.

VII. Bibliografía

- Amable, B. (2005), *Les Cinqs Capitalismes: Diversités des Systèmes Économiques et Sociaux dans la Mondialisation*, Paris, Éditions du Seuil.
- Belluzzo, L. G. & J. G. Almeida (2002), *Depois da Queda: A Economia Brasileira da Crise da Dívida aos Impasses do Real*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Bonelli, R. & S. A. Pessoa (2010), *Desindustrialização no Brasil: Um Resumo da Evidência*, Texto para análisis, No. 7, Río de Janeiro, FGV, marzo.
- Boyer, R. & J. R. Hollingsworth (1997), “From National Embeddedness to Spatial and Institutional Nestedness”, en: *Contemporary Capitalism: The Embeddedness of Institutions*, R. Boyer & J. R. Hollingsworth, eds. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cardoso, F. H. & E. Faletto (1970), *Dependência e Desenvolvimento na América Latina: Ensaio de Interpretação Sociológica*, Río de Janeiro, Guanabara, 7ª ed.
- Castro, A. B. & F. E. Pires de Souza (2004), *A Economia Brasileira em Marcha Forçada*, São Paulo, Paz e Terra.
- Evans, P. (1979), *Dependent Development: The Alliance of Multinational, State and Local Capital in Brazil*, Princeton, Princeton University Press.

- Franco, G. (1999), *O Desafio Brasileiro: Ensaio sobre Desenvolvimento, Globalização e Moeda*, São Paulo, Editora 34.
- Furtado, C. (1965), *Desenvolvimento e Subdesenvolvimento*, Rio de Janeiro: Fundo de Cultura, 3ª ed.
- Furtado, C. (2000), *Introdução ao Desenvolvimento: Enfoque Histórico-Estrutural*, São Paulo, Paz e Terra, 3ª ed.
- Gonçalves, R (2006), “A Dominação do Capital Financeiro no Brasil”, en: *Revista da Soc. Bras. de Economia Política*, 19, Rio de Janeiro, diciembre.
- González, H., *O Que É Subdesenvolvimento*, São Paulo: Editora Brasiliense, 1998, 15ª ed.
- Gray, J. (1998), *False Dawn: Delusions of Global Capitalism*. Nueva York: New Press.
- IPEA (2009), “A Crise Internacional e Possíveis Repercussões”, en: *Comunicado da Presidência*, No. 16. Brasília, IPEA.
- IPEA (2010), *Carta de Conjuntura nº 11*, Brasília: IPEA, 2010.
- Jakobsen, K. & A. F. Barbosa (2008), “Neoliberal Policies, Labour Market Restructuring and Social Exclusion: Brazil’s Working-Class Response”, en: *Labour and the Challenges of Globalization: What Prospects for Transnational Solidarity?*, A. Bieler, I. Lindberg & D. Pillay, eds. Londres, Pluto Press.
- Kupfer, D. (2005), “Tecnologia e Emprego São Realmente Antagônicos”, en: *Novo-Desenvolvimentismo: Um Projeto Nacional de Crescimento com Equidade Social*, J. Sicsú, L. F. de Paula & R. Michel, orgs. Rio de Janeiro, Manole.
- Oliveira, F. (2003), *Crítica à Razão Dualista*, São Paulo, Boitempo Editorial.
- Pochmann, M. & Amorim, R. L. C. (2009), “Pobreza e Mudanças Sociais Recentes no Brasil”, en: *Situação Social Brasileira, 2007*, Castro & Ribeiro (orgs), Brasília, IPEA.
- Prebisch, R. (1981), *Capitalismo Periférico: Crisis y Transformación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Tavares, M. C. (1973). *Da Substituição de Importações ao Capitalismo Financeiro*. Rio de Janeiro: Zahar Editores, 2ª edición.
- Tavares, M C (2010), “Não Tem Mais Centro e Periferia”, en: *Entrevista*, Folha de São Paulo, São Paulo, 12/09/2010.
- UNCTAD (2003), *Capital Accumulation, Growth and Structural Change*, Trade and Development Report 2003, Ginebra, UNCTAD, 2003.